



ELLY
Griffiths



EL ESPÍA EN LA
VENTANA

LOS MISTERIOS DE JUSTINA JONES



MAEVA  young

A mi madre y a todos los niños y niñas
que sufren las consecuencias de la guerra



Nota sobre las calificaciones en Inglaterra en los años treinta del siglo xx. El Certificado Escolar se obtenía a los quince o dieciséis años, como el Título de Graduado de la ESO en España actualmente. El alumnado tenía que superar seis materias para conseguir el certificado. El Certificado de Enseñanza Secundaria Superior se obtenía a los dieciocho años, como el bachillerato actual en España.



HIGHBURY HOUSE



Escuela para señoritas de buena familia

Personal del colegio

Directora	Señorita Dolores De Vere
Subdirectora y profesora de Latín	Señorita Brenda Bathurst
Profesora de Matemáticas	Señorita Edna Morris
Profesora de Lengua	Señorita Susan Crane
Profesora de Historia	Señorita Ada Hunting
Profesora de Ciencias y Arte Culinario	Señorita Eloise Loomis
Profesora de Dramaturgia y Oratoria	Señorita Joan Balfour
Profesora de Música y Geografía	Señorita Myfanwy Evans
Profesora de Educación Física	Señorita Margaret Heron
Celadora	Señora Mary O'Brien
Ama de llaves	Señora Jean Hopkirk
Jardinero y Mantenimiento	Señor Robert Hutchins

Quinto curso de Highbury House

Tutora: señorita Heron

Irene Atkins

Letitia Blackstock

Alicia Butterfield

Moira Campbell

Cecilia Delaney

Eva Harris-Brown

Stella Goldman

Joan Kirby

Justina Jones

Flora McDonald

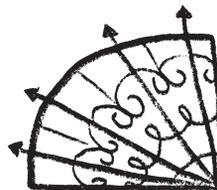
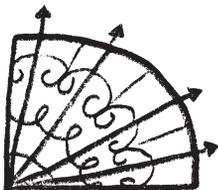
Elizabeth Moore

Freda Saxe-Johnson

Susan Smythe

Rose Trevellian-Hayes

Nora Wilkinson





3 de septiembre de 1939

Era curioso, pensaba Justina, cómo podía cambiar todo de un momento a otro. Ella y Peter se encontraban sentados en el jardín de su casa, en Londres, mientras el padre de Justina y los padres de Peter escuchaban la radio dentro. Pudieron escuchar al primer ministro, el señor Neville Chamberlain, cuya voz sonaba muy vieja y cansada.

Esta mañana, el embajador británico en Berlín ha entregado al gobierno alemán un ultimátum en el que se establece que, a menos que se nos comuniquen antes de las once de la mañana que están dispuestos a retirar sus tropas inmediatamente de Polonia, se declarará la guerra

entre ambos países. Debo decirles que no se ha recibido la notificación de ese compromiso y que, en consecuencia, nuestro país está en guerra con Alemania.

Todo parecía igual que siempre —las abejas zumbaban en las malvarrosas, se oían voces en el jardín de los vecinos, un pájaro cantaba en lo alto de algún árbol—, y sin embargo todo había cambiado.

Peter miró a Justina.

—Estamos en guerra —dijo.

Sonaba un poco ridículo. Las guerras estaban en los libros de historia. La señorita Hunting parloteando sobre las peleas de los York y los Lancaster. El padre de Justina había sido piloto en la Gran Guerra entre 1914 y 1918, y siempre había dicho que confiaba en que ella, Justina, nunca viviera nada parecido.

De repente, Justina se dio cuenta de que la Gran Guerra ahora solo era la Primera Guerra Mundial... y que ella iba a vivir la Segunda.

En el interior de la casa, los adultos seguían hablando. La madre de Peter, Hilda, estaba llorando. El padre de Justina, Herbert Jones, el prestigioso abogado con el título de consejero del rey, estaba hablando con su voz de tribunal, y parecía muy tranquilo y razonable. El padre de Peter dijo algo sobre Checoslovaquia.

Justina no quería entrar en el salón porque, entonces, todo sería real. Prefería quedarse en el jardín con Peter. Y ojalá fuera para siempre.

—¿Vas a volver al colegio? —le preguntó a su amigo. Peter iba a un conservatorio de élite en Londres.

—Supongo que sí —contestó—. Le he oído decir a mi madre que algunos colegios de Londres van a ser evacuados y trasladados al campo.

El colegio de Justina, Highbury House, ya estaba en el campo. De hecho, estaba en medio de ninguna parte, en Kent, rodeado de pantanos y marjales. ¿Permanecería abierto Highbury House si había guerra? Durante años, Justina había soñado con abandonar el internado, pero ahora pensaba en sus amigas: Stella, Dorothy y Letitia. En Nora y en Eva, también. Incluso en Rose, que a veces era insufrible. Sería terrible no volverlas a ver. Iba a empezar quinto dentro de pocas semanas, para obtener el certificado escolar. De repente se dio cuenta de que incluso lo había estado deseando.

—Espero que mi colegio no cierre —dijo.

—Creí que lo odiabas —dijo Peter, que daba paseos por el pequeño jardín, pisando las hojas secas.

—Yo también lo creía —replicó Justina—. Ten en cuenta que todo eso de la guerra no ocurrirá de inmediato.

Y en ese preciso instante sonó una sirena antiaérea.

Era un ruido aterrador, un espantoso lamento que ensordecía y resonaba en las paredes, y que cada vez era más fuerte y amenazante. Justina y Peter entraron corriendo en la casa.

—¡Poneos las máscaras de gas! —exclamó Hilda—. ¡Rápido!

Justina no tenía ni idea de dónde había dejado la suya. Habían ido a recogerlas la semana anterior y Justina había pensado que tenían un aspecto espeluznante. Las máscaras para los bebés eran aún peores. Querían asemejarse a una careta de Mickey Mouse, pero, para Justina, tenían el aspecto de monstruos marinos, con unas gomas de color rojo brillante y con un extraño apéndice que parecía una lengua que sobresalía.

—¿No deberíamos ir al refugio? —preguntó Hilda. Había un refugio antiaéreo en los jardines comunitarios de la plaza. Era poco más que un agujero en el suelo, con unas escaleras que bajaban. Justina y su padre habían visto a los obreros que lo excavaron.

—Mantengamos la calma —indicó Herbert—. Podría ser una falsa alarma.

Cuando dijo eso, otro sonido inundó el aire. Era casi tan horrible como la alarma antiaérea, pero Herbert dijo:

—Esa es la señal del final de la alarma. Ya ha pasado todo.

Hilda se derrumbó en el sofá, abanicándose. El padre de Peter, David, le daba golpecitos en la espalda. Justina y Peter se miraron. La chica podía notar cómo su corazón latía más rápido de lo habitual. ¿Así iba a ser la guerra? ¿Alarmas antiaéreas todo el tiempo? ¿Bombas cayendo por todas partes?

—Ve a buscar tu máscara, Justina —le dijo su padre—. Deberías dejarla junto a la puerta por si la necesitas.

—¿Tendré que llevármela al colegio? —preguntó Justina.

—No sabemos qué va a pasar con el colegio todavía —contestó su padre.

El internado Highbury House iba a permanecer abierto. Herbert llamó a la directora, la señorita De Vere, al día siguiente, y esta le aseguró que todo iba a seguir como hasta ese momento, con toda normalidad. Herbert se lo contó a Justina y añadió que Highbury House sería un lugar seguro.

—No sé cómo puedes decir eso —protestó Justina—. Sobre todo, considerando que está lleno de asesinos y secuestradores.

Se refería a aquellos episodios en los que había contribuido a resolver los crímenes que se habían producido

en el colegio. Ahora le daba la impresión de que sus primeros años en Highbury House habían estado plagados de cadáveres, túneles secretos y apariciones fantasmales. Había sido muy emocionante.

—Las cosas han estado bastante tranquilas en el último año, más o menos —afirmó Herbert, con una ligera sonrisa.

—La guerra no es exactamente tranquilidad —dijo Justina. Sus sentimientos sobre el inminente conflicto oscilaban entre el miedo y una especie de horrible fascinación.

—Estaré a tu lado —añadió Herbert con firmeza.

Dos semanas después, Herbert llevaba en coche a Justina y a su amiga Stella a Highbury House para empezar el nuevo curso. Sarah, la hermana de Stella, iba también con ellas: estaba a punto de empezar el segundo año. Sarah hablaba todo el rato, cosa que a Justina le resultaba un tanto irritante, pero ese día se sorprendió al descubrir que casi agradecía aquel torrente de palabras sobre el colegio, el *lacrosse*, las hazañas de sus hermanos pequeños, Aaron, Gabriel y Ben, y la pequeña Sheila, y el gato *Minky*, las comidas favoritas de Sarah... Justina se preguntaba cómo era posible que Sarah pudiera ser hermana de Stella, que siempre estaba callada y ese

día, sobre todo, apenas si había dicho una palabra. Los hermanos Goldman eran siete, así que tal vez Sarah, que era justo la del medio, había tenido que esforzarse mucho para hacerse escuchar.

—Puede que tengamos que quedarnos en el colegio en Navidad —aventuró Sarah—. Sobre todo si hay bombardeos.

—Cierra el pico, Sarah —le espetó Stella.

Sarah se sumió en un silencio enfurruñado que duró hasta que llegaron a Maidstone, la capital del condado de Kent. Entonces, exclamó alegremente:

—¿Se va a alistar usted en el Ejército, señor Jones?

—No —dijo Herbert—. Soy demasiado viejo.

Justina, que había contenido la respiración al oír aquella pregunta, suspiró aliviada. Desde que se había declarado la guerra, había estado aterrorizada ante la posibilidad de que su padre se alistara. Él era todo cuanto tenía. La madre de Justina, una escritora de novelas de misterio llamada Veronica Burton, había muerto cuando la chica tenía doce años. Justina pensaba que si le ocurría algo a su padre, no podría soportarlo. Pero su padre tenía cuarenta y seis años; sin lugar a dudas, era demasiado viejo para ser soldado.

—Seguramente continuaré siendo abogado —dijo Herbert—. La gente seguirá necesitándonos. Podría presentarme voluntario para ser vigilante antiaéreo.

El sentido detectivesco de Justina se puso en alerta de inmediato. «Fíjate siempre cuando la gente da detalles innecesarios», decía siempre Leslie Light, protagonista de las novelas de misterio que escribía su madre. «Podría ser un indicio de que tienen algo que esconder».

—¿Cuántos años hay que tener para ser soldado? —preguntó Sarah.

—Dieciocho —contestó Herbert.

—Nuestro hermano Josh tiene diecisiete —dijo Sarah.

Justina comprendió entonces por qué Stella estaba tan callada.